

EL TEATRO DE ENSAYO DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA



DE
CAMILO PEREZ DE ARCE

TAL vez sea conveniente precisar mis posiciones. Creo en el arte de nuestra época. Creo en la necesidad de romper con el pasado inmediato para forjar un molde nuevo que dé forma a nuestra realidad actual. Creo en la originalidad única del ayer, del hoy y del mañana. Creo en los hombres que buscan, aunque no encuentren.

Creo también que este período creado por una humanidad burguesa que no tiene problemas, porque cierra los ojos para no ver los que la asedian, está agonizando.

La lucha se proyecta ahora hacia el interior del hombre y el arte debe abandonar una posición falsa de mero entretenimiento para aportar sus fuerzas, por débiles que sean, a esta lucha; debe retratar la angustia de una época que siente en su propia raíz la incertidumbre de los destinos individuales y que se debate afanosamente entre dos bandos que desean imponer para toda la humanidad un destino colectivo. Y, si acaso ha de nacer un genio, el arte no se contentará con retratar, sino que mostrará caminos que hoy no se ven, e insinuará soluciones de cuya existencia hoy no se sospecha: formará una conciencia universal que se anticipará a lo que ha de venir.

Grandes ambiciones impulsaron mis tres primeras obras teatrales: **El Arbol, Ser o no Ser** y **El Cid**. Desgraciadamente, el hombre puede responder de sus intenciones, pero no de la forma en que las realiza; más aún, le está vedado hasta el más mínimo conocimiento de lo que ha hecho. Y si desea juzgar lo propio, serán sus intenciones lo que juzgue, y no el mérito que para terceros pueda tener la cristalización de ellas.

El Cid no es un relato histórico: es simplemente el deseo de explorar en el interior de un hombre que es un arquetipo y un pretexto para hurgar a través de él dentro de uno mismo. ¿Por qué somos como somos y no nos parecemos a lo que, dentro del momento histórico que vivimos, deseáramos ser?

El Campeador fue un hombre antes de transformarse en héroe de leyenda, en personaje. Los hombres son infinitamente cambiantes: hoy piensan en blanco y mañana en negro; hoy ejecutan el acto que ayer repudiaron. Los personajes son más o menos de una pieza y sus vacilaciones no alcanzan a ser sino la parodia de las de un hombre viviente. La visión de otros hombres los ha fijado en una posición: aquel que duda una vez, dudará siempre; y el que siente celos, por ellos matará y morirá.

Respecto a Rodrigo Díaz de Vivar, el Romancero dice: "Fue varón de una sola hembra". Con esta sencillez, con esta certeza, como si hubiese dicho: "Fue varón de seis pies de estatura".

¿No sufrió, acaso, Rodrigo la solicitud de la mujer? El hombre que se destaca, la encuentra siempre en su camino. ¿Cuáles fueron sus razones para apartarla de sí?, o yendo más lejos: ¿la apartó siquiera? Este es verdaderamente un problema humano.

Producida esta duda, resultaba visiblemente inútil seguir la huella de lo ya hecho. No valía la pena repetir la anécdota que Guillén de Castro y Cornielle robaron a la leyenda histórica y dramatizaron en obras inmortales. En este momento nuestro se impone la necesidad de buscar al hombre en su propia intimidad. Lo importante es saber si ese hombre era o no hombre, y, en caso afirmativo, saber por qué lo era. También era inútil pedirle a la anécdota histórica un vigor dramático que la imaginación podía extraer a audales del choque de dos fuerzas dentro de un plano de simple creación espiritual.

Pero aún había más: era necesario ir a sondear en el pasado para buscar a través de él el presente; y en ese sentido — sólo en ese sentido — la obra es simbólica. Nuestra raza es exactamente lo que es, porque Rodrigo Díaz de Vivar fue exactamente lo que fue. La frase puede parecer un tanto oscura: no quiero decir que seamos espiritualmente iguales al Campeador, sino que si el Campeador no hubiese existido, no seríamos exactamente como somos; y que el Campeador no hubiera existido como tal, si alguna debilidad lo hubiera arrancado de la senda trazada por su destino.

Tres elementos, simbolizados en las tres escenas del primer acto, hicieron del Cid un arquetipo de la raza: su propia realidad de hombre, la leyenda que tejió el Poema de Mio Cid en torno de ese hombre, y la admiración de un pueblo que, a través de la leyenda, convergió hacia él. De los tres elementos surgió el personaje y de la lucha entre éste y el hombre surge el drama.

Los hombres y las mujeres que vivieron junto a Rodrigo no usaron nuestro lenguaje. Más primitivos, más fuertes, más sanos, no temieron jamás a las palabras, y en lugar de disfrazar hipocritamente sus pensamientos tras el velo de circunlocuciones, usaron directamente de éstas. Naturalmente, no es posible transcribir en toda su crudeza el diálogo de la época; pero es imprescindible dar a lo menos la sensación de ese diálogo.

Dios, en aquella época, era un principio, un impulso y un fin: se nacía de Él, se vivía para Él y la muerte no consistía en otra cosa que en reunirse con Él. Por consiguiente, el espíritu religioso debía tener su lugar en la reconstrucción intentada: un espíritu religioso activo, en el que cabía hasta la desviación de los verdaderos principios cristianos como producto del exceso de ardor religioso. Y también debía tener su cabida como antecedente de una actitud espiritual de nuestra raza, que perdura hasta hoy como una fuerza que no se puede desconocer.

¿Y las conclusiones? La obra de arte, por su propia esencia, no debe tenerlas. Saque cada cual la suya, si es que lo desea, y acháquesela al autor, quien no protestará porque le asiste el convencimiento de que una obra destinada al público no contiene sino lo que el público ve en ella.



CAMILO PEREZ DE ARCE



GERMAN BECKER
(DIRECTOR)

FRANCISCO SAN MIGUEL
(ESCENOGRAFO)

MARIA KLUCZYNSKA
(VESTUARIJO)

HECTOR CARVAJAL
(MUSICA)



JUSTO UGARTE
(EL CID)



HERNAN LETELIER
(PEDRO BERMUDEZ)



ALBERTO RODRIGUEZ
(MINATA)



SERGIO URRIOLA
(ESCUDEIRO)



LUCILA DURAN
(LA CONDESA)



SILVIA INFANTAS
(LA NIÑA)



MARIO MONTILLES
(EL CONDE)



ENRIQUE CASSELLI
(CENTINELA)



ALIRO VEGA
(LABRADOR)



JAIME CELEDON
(JUGLAR)



JORGE ALVAREZ
(EL MONJE)

EL TEATRO DE ENSAYO DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA

PRESENTA

"EL CID"

del dramaturgo chileno CAMILO PEREZ DE ARCE

Dirección de GERMAN BECKER

Escenografía: FRANCISCO SAN MIGUEL. Vestuario: MARIA KLUCZYNSKA. Música: HECTOR CARVAJAL

DIRECTOR ASISTENTE
JAIMÉ CELEDÓN

UTILERIA
CARLOS TUPPER
ASESOR TECNICO: LUIS CACERES

REALIZACION DEL VESTUARIO
MARIA KLUCZYNSKA

PELUCAS
ANGELA MONCADA

MAQUILLAJE
GEORGINA JUNEMANN Y
JUAN CRUZ

APUNTADOR
TITO PRADO

ILUMINACION
DIRECTOR TECNICO: FUSCO
AYUDANTE: ARTURO CACERES

DECORADOS
REALIZACION: VICENTE PERALTA
JEFE DE MAQUINISTAS: MANUEL PEREZ
AYUDANTE: FRANCISCO HIDALGO

DIAPPOSITIVOS
"EMELCO CHILENA S. A. C."

MUSICA
GRABADA EN LOS ESTUDIOS DE LA S. N. A.
TECNICO: LUIS ALBERTO CAMPOS

FOTOGRAFIA
RENE COMBEAU

REPARTO

(POR ORDEN DE APARICION)
PATRIMONIO UC

MINAYA	ALBERTO RODRIGUEZ
EL CID	JUSTO UGARTE
PEDRO BERMUDEZ	HERNAN LETELIER
MONJE	JORGE ALVAREZ
JUGLAR	JAIMÉ CELEDÓN
LA NIÑA	SILVIA INFANTAS
LA CONDESA	LUCILA DURAN
EL CONDE	MARIO MONTILLES
ESCUADERO	SERGIO URRUELA
LABRADOR	ALIRO VEGA
CENTINELA	LUIS CORNEJO Y ENRIQUE CASSELLI

(LA ACCION SE DESARROLLA EN ESPAÑA EN EL SIGLO XI)

PRIMER ACTO

LA CASA DEL CID, LA CELDA DEL MONJE Y EL CASTILLO DEL CONDE

SEGUNDO ACTO

LA TIENDA DEL CID

TERCER ACTO

EL CAMPAMENTO

CUARTO ACTO

EL CASTILLO DEL CONDE

ESTE PROGRAMA FUE ESPECIALMENTE DISEÑADO POR
ALBERTO REYES MOZO

COLABORE CON EL TEATRO DE ENSAYO
HAGASE SOCIO PATROCINANTE

INFORMES: ADRIANA MARDONES DE CELEDÓN

FONO: 491904

\$ 10.-